

Una mirada al Este

Tomás Pérez Delgado

La espuma de los acontecimientos ha mostrado en la superficie de 1991 la manifestación de un proceso de evidente trascendencia histórica, como es el de la desmembración de la URSS y el de la desarticulación de su sistema económico, social y político. Por más que tal proceso fuera esperado desde hace algún tiempo, la sorpresa ha sido la reacción más característica de los observadores y estudiosos -con alguna notable excepción, como la de H. Carrere d'Encause-, desbordados por la vertiginosa rapidez de los sucesos, sin tiempo apenas para analizarlos adecuadamente. Por eso creo que será conveniente que respondamos primero a la pregunta de qué ha pasado, para con más calma pasar revista a lo que sobre ello se ha escrito recientemente.

Es preciso antes de nada recordar que los sucesos del año 1991 en la URSS son continuación de la revolución este-europea de 1989-1990, que para Jürgen Kocka ¹ tiene la particularidad de ser un cambio en profundidad que no se reclama de nuevos modelos o ideas más o menos utópicas, que ni siquiera se remite al llamado *socialismo de rostro humano*, y que, aunque se gesta a partir de organizaciones populares de base, posee un notorio carácter de *recuperación* o, si se quiere, de *restauración*.

¹ KOCKA, JÜRGEN, «Rivoluzionc e nazionc. Cli avvenimcnti tedeschi dcl1989-1990 nel contesto europeo», *Quaderni storici*, 76, aprile, 1991.

La quiebra del modelo comunista de Alemania oriental, Polonia, Checoslovaquia y Hungría, principalmente, pero también de Bulgaria y Rumania, es la caída de un modelo de construcción del socialismo implementado a través de una dirección burocratizada, de debilísimos consensos internos, cuyo respaldo verdadero y último se encontraba en la URSS.

Por eso, en definitiva, las revoluciones pacíficas -con la excepción rumana- de la Europa centro-oriental, que en el caso polaco, alemán y húngaro recuerdan no poco a la transición española, han venido posibilitadas por el abandono soviético desde 1985 del viejo principio brehneviano de la *soberanía limitada*. Acciones como las de 1956, 1968 y el golpe de Jaruzelski eran incompatibles con la voluntad del equipo gorbachoviano de acelerar el desarme, retirar el apoyo militar a los regímenes procomunistas del Tercer Mundo y establecer una doctrina militar basada en el principio de la *suficiencia razonable* de medios defensivos. Como muchas veces señaló Shevardnadze, la seguridad no podía consistir en tener cada vez más y mejores sistemas de armas desplegados en puntos de cada vez mayor valor estratégico, sino en asegurar la reducción del despliegue armamentístico dirigido contra la URSS.

Así pues, la *Perestroika* interior era inseparable de la *Peredyska* -retirada- exterior. Desde este punto de vista, la dirección encarnada por Gorbachov aceptaba la imposibilidad de mantener el reto planteado por el intensivo rearme americano de la era Reagan, cuya manifestación más peligrosa, pero no la única, se encerraba en la Iniciativa de Defensa Estratégica². Con todo, según señala Michael McGwire, la *Peredyska* defensiva era una actitud asumida por el leninismo tras el fracaso de las revoluciones europeas posteriores a la Primera Guerra Mundial y consagrada por Stalin, que siempre dio a la presencia militar soviética en Europa oriental un carácter meramente defensivo. Tan sólo en la etapa del *estancamiento*, justamente por el bloqueo de la situación interna de la URSS, la dirección brehneviana intentó una clara exportación del modelo comunista hacia algunos países del Tercer Mundo, aprovechando el marasmo creado en

² MCGWIRE, MICHAEL, *Perestroika and Soviet National Security*. Brookings Institution. Washington DC; CAHTHOFF, HAYMOND L., *Deterrence and the Revolution in Soviet military doctrine*. Brookings Institution. Washington DC; MALLEHET, THIERRY YDELAPOHTE, MUHIELLE, *L'Armée Rouge face à la Perestroika*. Editions Complexe. Bruxelles, 1991.

la política americana por los efectos derivados de la derrota militar en Vietnam.

En la medida en que la *Perestroika* era un intento de apuntalamiento y reforma del sistema soviético que se remitía en sus inicios a la pureza leninista, era lógico que, pese al malestar relativo de las Fuerzas Armadas y del KGB, la política exterior de Gorbachov renunciase a los desviacionismos internacionales del *estancamiento* y a los planteamientos tendentes a hacer de la Europa central el posible teatro de una confrontación con los Estados Unidos que salvaguardase los centros estratégicos americano y soviético.

Pero así como los resultados de la política exterior de Gorbachov se siguen haciendo notar en la escena internacional, muy otra cosa es lo sucedido con la *Perestroika* después del 19 de agosto de 1991. Tras aquellos acontecimientos que *estremecieron al mundo*, la *reestructuración* se transforma en una *desestructuración* de lo actuado desde 1917. El compromiso golpista de muchos de los colaboradores directos de Gorbachov -¡hasta su propio jefe de gabinete!- supuso el arrumbamiento de un proyecto político basado en una *glasnost* que demostró muy pronto la profundidad de la crisis soviética, así como en una repolitización de la sociedad, planteada con el objetivo de poner en marcha nuevos agentes sociales y políticos con cuyo concurso implementar una especie de NEP.

Se han subrayado en múltiples ocasiones las dificultades que podría entrañar la prioridad concedida a la reforma política sobre la económica, incluso desde el ángulo de la experiencia leninista de los años veinte. Pero es que en el pasado el Partido tenía una base de apoyo social más amplia que la actual y su capacidad de debate era superior a la de 1985; por otra parte, era ilusorio priorizar la reforma económica, toda vez que los aparatos burocráticos eran mayoritariamente hostiles a cualquier movimiento destinado a desplazarles de sus posiciones de gestión-dominación.

Era precisa la repolitización como etapa previa para poder encontrar apoyos sociales a los cambios estructurales que se debían acometer. Sin embargo, el proceso democratizador no ocasionaba sino una creciente debilidad del régimen, sobre todo tras la constitución de los nuevos parlamentos estatales electos; la continuidad de una crisis económica cada vez más visibles *restaba*, a su *vez*, apoyos sociales a la *Perestroika* en vez de sumarlos, y finalmente, la *Intelligentsia*, liberada por la *glasnost*, así como los especialistas en gestión econó-

mica, eran sectores cada vez más agresivos en sus críticas, toda vez que Gorbachov se les aparecía como una dificultad objetiva para sus pretensiones de democracia y mercado, subjetivamente idealizadas como medio de progreso de sus *status* sociales. Pero si para unos Gorbachov era un obstáculo, por sus cautelas en el avance hacia el capitalismo' y venía presentado como el directo continuador del régimen conformado por el stalinismo y petrificado por el estancamiento, para otros era el liquidador del socialismo, sobre todo tras la abolición del artículo 6.º de la Constitución brehneviana.

De ahí que cada vez la posición de Gorbachov fuera más inestable y que se viera forzado a una política obsesiva de consolidación del poder presidencial y a una dialéctica de aviso de los peligros de la situación, que no despertaba en las clases obreras y en los movimientos nacionalistas sino frustración y un mayor enardecimiento. Por otra parte, la imposibilidad de conectar con alguna base social suficientemente amplia le acabó empujando desde finales de 1990 hacia los sectores más inmovilistas del partido, cuya recepción fue la actuación desmandada del OMOM en los Países Bálticos a comienzos de 1991, verdadero preludio del golpe de Estado de agosto.

En estas condiciones, las victoria del referéndum no era capaz de alterar los datos generales de la situación. Por otra parte, para un proyecto político que pretendía ahorrar a las clases obreras las consecuencias de la aplicación de un programa económico de choque, como el de Polonia, por ejemplo, resultaba particularmente frustrante el despegue, a partir de 1989, de un nuevo movimiento obrero, digno de tal nombre, incorporado como agente social a los acontecimientos con notable retraso, pero dotado de una fuerza combativa, de una rapidez de autoorganización y de un nivel de concienciación política, capaces de dar cuenta del gobierno Ryzhkov. Nacido en las cuencas carboníferas de Donbass y Kuzbass, e irradiado pronto a todo el país -excepto en aquellas zonas como Moldavia, Georgia, Armenia, Azerbaiján y Báltico, dominadas por la fiebre nacionalista- logró articularse en una Confederación de uniones denominadas del Trabajo, cuyo programa iba más allá de las meras reivindicaciones económicas, origen de las huelgas de 1986, 1987, 1988 y 1989. En el I Congreso constitutivo de la *Confederación*, celebrado en 1990 en Novokuznetsk, se proclamó el fin de los intentos reformistas hechos desde arriba, se reclamó el poder político local para los Consejos Obreros, el control por los trabajadores de la gestión empresarial y se optó por

el apoyo al plan económico de Yeltsin frente al de Gorbachov:³

Durante la fase que precede al golpe de Estado de agosto de 1991 se aprecia una generalización de las huelgas y el estrechamiento de los lazos entre la Confederación del Trabajo y los diversos grupos políticos que habían formado la plataforma electoral de Yeltsin o amenazaban pasar a una oposición democrática a Gorbachov. La expulsión de las empresas de los miembros, supuestos o reales, del KGB, así como el decreto de la presidencia rusa disponiendo el cese de la actividad de las secciones de fábrica del PCUS, no hicieron más que anticipar lo acontecido después de la derrota del golpe de Estado.

Este, destinado a apuntalar la Unión Federal y cortar la demanda obrera de salarios-mercado-dimisión de Gorbachov y Paulov, acabó por desencadenar el proceso contrario: la ruptura de la URSS y el final del PCUS, es decir, la quiebra de los soportes del sistema comunista.

y es que, como ha señalado John Elster ⁴, la pretensión de hacer un tránsito desde el sistema de partido único y economía planificada a la democracia y al sistema de mercado exige una rápida clarificación de la realidad económica, capaz de favorecer una más eficaz asignación de los recursos; asimismo, la tendencia inflacionista que esto tiende a producir inexorablemente se debe acompañar de una adecuada protección social contra el desempleo y un más difícil abastecimiento de la población, en cuyo establecimiento deben tener un destacado papel los partidos y sindicatos representativos; también es precisa, consiguientemente, la aceptación de las dificultades y riesgos del proceso, expresados en un temporal incremento de las dificultades y en la aparición de nuevas diferenciaciones sociales; todo lo cual exige, a su vez, unas condiciones de seguridad y estabilidad como las que ofrece a los agentes económicos y sociales el sistema constitucional-democrático.

Es fácilmente constatable que las cosas no se produjeron de esta manera en la URSS. Si bien hubo la creación bastante rápida de las condiciones de posibilidad de un régimen democrático, no sucedió lo mismo en el terreno económico. Aquí el consenso no fue más allá de

³ WERTH, NICOLÁS, «Renaissance et dilemmes du mouvement ouvrier en Union Soviétique». *Le Débat*, noviembre-diciembre, 1991, pág. 67.

⁴ ELSTER, JOHN, «When Communism dissolves», *London Review o/Books*, 21, I, 1990.

la diagnosis de los males. La *segunda revolución socialista*⁵, superadora del irrealismo de los planes, de la corrupción generalizada y de las cada vez mayores incapacidades del sistema, quedó en mero proyecto. La fusión de mercado y socialismo corrector no traspasó el umbral de las ideas. La impaciencia social ante un deterioro económico acentuado más por la inacción gubernamental que por los ajustes liberalizadores efectuados, así como los retrasos en la introducción del régimen de propiedad privada y las resistencias burocráticas a todo el proceso, dieron cuenta del mismo.

El fracaso de esta *segunda revolución* ha sido, con todo, parcial, al menos por lo que se refiere al fin de la planificación. El problema es que si bien ésta ya no existe, el mercado, como tal, no es tampoco la realidad central articuladora de la economía; la asignación de los recursos en ésta se opera no por la eficiencia conseguida —mercado—, sino por las relaciones políticas y personales de que se dispone, es decir, por un factor extraeconómico y, consiguientemente, parasitario. Con lo cual la economía postcomunista continúa el desarrollo de tendencias desviacionistas que la configuran como *economía de corrupción*⁶. Persisten, pues, las disfunciones del viejo sistema, en el que el logro de cierta eficiencia sólo era posible mediante el empleo sistemático de las relaciones políticas y el recurso creciente a una economía paralela a la oficial, incrementada hasta el absurdo como consecuencia del abandono de algunos controles administrativos y del fin de un marco político general basado en la desconfianza y la coerción sistemática. Los viejos engaños en los balances, el funcionamiento de empresas fantasma, la compra-venta de favores políticos como medio de obtención de abastos o mercados, el surgimiento de empresas privadas en el seno de las públicas, generando beneficios privados con medios públicos, etc.⁷, constituyen procedimientos cada vez más extendidos y que tienden a enquistarse, pues se afirma la tendencia a que los gestores de tal tipo de cosas acaben siendo los compradores de los activos empresariales. En estas condiciones, es de esperar una fuerte propensión hacia una economía altamente especu-

⁵ ZASLAVSKAYA, TATYANA, *The Second Revolution: An Alternative Soviet Strategy*. Tauris, 1990.

⁶ DUCHENE, GÉRARD; TARTARIN, ROBERT, *La grande Transition. L'économie de l'aprèscommunisme*. Cujas. París, 1991.

⁷ LESNIK, RENATA; BLANC, HÉLÈNE, *L'Empire corrompu*. Robert Laffont. París, 1990.

lativa, de la que ya hay ejemplos a diario en las nuevas bolsas. Hay incluso quien piensa ⁸ que los directores de bancos, cooperativas y *joint-ventures* constituyen ya una clase social habituada al empleo de métodos delictivos en su actividad cotidiana. Por eso, puede darse fácilmente el salto de una *economía de corrupción* a otra de tipo mafioso' basada en el completo rechazo de cualquier traba legal o administrativa; peligro que, en parte, deriva del desconocimiento de los límites de todo tipo que en cualquier sistema capitalista sano existen para el desarrollo de la actividad económica ⁹. Ignorancia e interés se unen, pues, en la defensa del mercado, entendido como jungla en que triunfa la ley del más fuerte o del más astuto.

Habida cuenta, pues, de cuanto venimos diciendo, puede entenderse la necesidad experimentada en la antigua URSS por volver la vista atrás y encontrar las razones de tanto descalabro. En cierta medida, la propia *Perestroika* era un esfuerzo por eliminar la mentira en que se fundamentaba el sistema. Con un talante muy eslavo, basado en el supuesto de que todo lo acontecido desde 1917 constituye una verdadera excepcionalidad del horror y del fracaso en la vida de la humanidad, se está procediendo en la ex URSS a una revisión concienzuda del pasado como medio de recuperación de una vieja civilización, desnaturalizada en el período comunista.

El punto de vista autofustigador lo aportan los hombres liberados por la desaparición del Gulag, o los cadáveres literarios resucitados por la Glasnot. En primer lugar, emerge de nuevo el *Archipiélago* de Soljenitsin ¹⁰, con su genial descubrimiento de puertos, destinos, canales, vapores, con su fuerza algo masiva y tumultuosa, con sus quejas a la pasividad frente al terror y su irrefrenable sarcasmo: no conviene aplaudir el primero ante el arresto de alguien, eso son, por lo menos, diez años; Genevieve Johannet realiza en esta edición un trabajo ímprobo en el trazado de mapas, elaboración de índices o explicación de referencias que, dadas las condiciones de produc-

⁸ VAKSBERG, ARKADY, *The Soviet Mafia*. Weidenfeld and Nicolson. London, 1991. El surgimiento de círculos mafiosos habría comenzado en la era Brehnev, siendo el patrón de los patronos Shchokolov y su adjunto de Interior, Churbanov; a su vez, los patronos de Kazajstán y Azerbaidján serían los respectivos primeros secretarios del partido de estas repúblicas, Kunaev y Aliev; de la mafia uzbeka se hizo eco sobrado la prensa con ocasión de un resonante proceso.

⁹ GRJEBINE, ÁNDRÉ, *La politique économique ou la maîtrise des contraintes*. Seuil. París, 1991.

¹⁰ Edición corregida y aumentada. Fayard. París, 1991.

ción del primitivo texto, estaban prudentemente veladas. Sigue siendo un libro sin fuentes al uso, basado en la tradición oral de los habitantes del archipiélago.

Aportados por el deshielo vuelven también Babel y Chalamov ¹¹. El autor de *Caballería Roja*, editada en 1957 por Ehrenburg, mucho después de ser desautorizada como *obscena caricatura* por el mariscal Budienny, el hombre de Umán-1941, completa con su *Diario de 1920* su visión del ataque a Polonia por el I Ejército de Caballería. La campaña simboliza a la perfección el destino del comunismo. Iniciada teóricamente con el fin de liberar a los polacos, se transforma en un réquiem interminable para rusos, polacos, cosacos, ucranianos... Aunque Babel murió ajusticiado en 1940, víctima de una acusación rutinaria de trotskismo y espionaje, su *Diario*, descubierto en los años cincuenta, está escrito desde el punto de vista de un joven escritor identificado, pese a todo, con la revolución.

Muy otro es el caso de Varlam Chalamov, cuyos *Cuadernos del campo de Kolyma* logró enviar a Pasternak, confinado por entonces en Yakutia, inaugurando así una relación epistolar que el deshielo krucheviano no haría más que incrementar. En cuadernos y correspondencia se traza la historia y la geografía del GuIar: Belomorkanal -expresión primera de un sistema concentracionario justificado por Gorky y otros 36 escritores en un libro homónimo de 1934 que, según Solyenitsin, es la primera exaltación literaria del trabajo servil hecho en la Rusia contemporánea y que sirvió de pista informativa de un orden monstruoso mantenido en secreto- Dmitlag, Irkutsklag, Bamlag, Ozerlag...

A este último, abierto para construir el ferrocarril Baikal-Amur-Magistral, que permitiría la explotación de un nuevo El Dorado y la construcción de la presa gigante de Bratsk, dedican un interesante estudio Alain Brossat, Sonia Combe y Leonid Moukhine ¹². Se trata de la reconstrucción topográfica y arqueológica de Ozerlag, que llegó a recibir en los barracones construidos al borde de la taiga no menos

¹¹ BABEL, ISAAC, *Journal de 1920*. Balland. París, 1991. CHAMALOV, VARLAM, *Correspondance avec Boris Pasternak et souvenirs*. Gallimard. París, 1991; *Cahiers de la Kolyma et autres poemes*. Ed. Maurice Nadeau. París, 1991.

¹² BROSSAT, ALAIN; COMBE, SONIA; MmJKIUNE, LEONID, *Ozerlag, 1937-1964. Le système du Goulag: traces perdues, mémoires, réveillés d'un camp sibérien*. Autrement. París, 1991. Alain Brossat es también el director de un trabajo colectivo titulado *A l'Est, La mémoire retrouvée*. La Découverte. París, 1990.

de 100.000 presos comunes, políticos y de guerra, entre ellos algunos divisionarios de la Azul. Y sobre la reconstrucción, el testimonio ya casi descolorido de las víctimas y verdugos supervivientes, recogido por los autores del texto.

Leon Lennemann, Oleg Volkov y Lev Razgon ¹³ completan la indagación de los horrores. Se trata de peripecias vitales muy distintas. Lennemann es un periodista judío de Varsovia, hoy presidente de la Asociación de Escritores Judíos de Francia, que se refugia en la URSS ante el peligro nazi y a quien el pacto Molotov-Ribbentrop lleva a un campo del Círculo Polar; allí encuentra al sencillo mongol Liou-Lio-Lian, pero también a uzbekos, tártaros, rusos, judíos, kazakos..., pues el padre de los pueblos extendía por igual su dureza sobre todos. Tras la *Operación Barbarroja* recupera la libertad, y en 1947 vuelve a Polonia, antes de acabar en París. Lo que más sorprendió a Lennemann a su vuelta del infierno fue la consideración de Peretz Markis ¹⁴ de que todo lo visto y vivido en el campo no podía ser tan excesivo, que dramatizaba, que el balance global del régimen era positivo, pese a errores circunstanciales.

Oleg Volkov no acabó en el *archipiélago* por la ciega necesidad de los órganos policiales y judiciales de mantener la continuidad del abastecimiento humano de los campos ¹⁵; emparentado con los Marmontov y descendiente lejano del decabrista Troubetzkoi, Volkov era un elemento socialmente peligroso, representativo de la élite acaudalada y culta cuya propia existencia era, en sí misma, delictuosa: por ejemplo, un juez decidió su internamiento bajo el supuesto de que, si bien no había hecho nada concreto que fuera punible, su medio social le llevaría indefectiblemente a hacerlo.

El caso de Lev Razgon es muy parecido al de Babel. Razgon es un escritor brillante, instalado cómodamente como otros muchos en un sistema que, sin embargo, un día, sorprendentemente, decide absurdamente que puede prescindir de él diecisiete años.

¹³ LENNEMANN, LÉON, *Le Testament de Liou-Lio-Lian. Récits d'un autre monde: L'URSS de Staline*. Le Cerf. París, 1991; VOLKOV, OLEG, *Les tenebres*. J.-C. Lattes. París, 1991; RAZGON, LEV, *La vie sans lendemain*. Hôray. París, 1991.

¹⁴ Muerto en 1952 con ocasión de la campaña antisemita que acompañó al *complot de los médicos*.

¹⁵ VAKSBERG, ARKADI, *The Prosecutor and the Prey. Vishinsky and the 1930s. Moscu Show Trial*. Weidenfeld and Nicolson. London, 1990.

Porque el absurdo es la condición que regula el acceso y el régimen de vida en el archipiélago. Volkov y Razgon recogen un sinfín de historias probatorias de tal aserto. Sólo el absurdo es capaz de dar plena eficacia sociopolítica al terror y éste sólo puede ser creíble si no tiene límites. Como instrumento esencial del régimen de terror, el campo se rige por las leyes del hambre, el trabajo extenuante y la humillación que desnuda a los individuos de todo trazo de humanidad: «cuando de día en día -escribe Volkov- una inmensa mayoría de gente comprende que, a fin de cuentas, se puede vivir sin carne, sin azúcar, sin ropa, sin calzado, incluso sin honor, sin conciencia, sin amor, sin sentido del deber, entonces aparece la más terrible desnudez».

Creación de Stalin, según Razgon; obra de Lenin, según Volkov, el sistema concentracionario es, además, para este último autor, la prueba de la esencia bestial del hombre bajo la capa debilísima de la humanidad y de la civilización. Pero conviene decir, antes de seguir adelante, que esta reflexión ética desesperanzada de algunos supervivientes de los campos presenta matices más optimistas en Sajarov, Solyenitsin y Ginzburg, para quienes la prisión y el internamiento son un medio de obstinada reafirmación y de anuncio de un futuro renacimiento moral.

Hasta tal punto es así, que Tzvetan Todorov ¹⁶ ha intentado, a impulsos de Bruno Bettelheim, un esfuerzo de propuesta moral para nuestra época, que encuentra en el sistema concentracionario las posibilidades mínimas de fundamentación. Sin embargo, no ha aparecido recientemente ningún libro específicamente dedicado al análisis histórico del terror soviético y de sus procedimientos, del tipo del publicado por Arno Mayer sobre el judeicidio ¹⁷. Con todo, la verdad es que las obras más o menos relacionadas con Stalin y su época dedican siempre una cierta importancia a esta cuestión.

Así, por ejemplo, los trabajos de Dimitri Volkogonov, Arkady Vaksberg, Walter Laqueur, Robert Tucker y Jean Cathala ¹⁸. En al-

¹⁶ TODOROV, TZVETAR, *Face à l'extreme*. Seuil. París, 1990. *Les morales de l'histoire*. Grasset. París, 1990.

¹⁷ MAYEH, ARNO, *La «solution finale» dans l'histoire*. La Découverte. París, 1990 (la edición americana es de 1985).

¹⁸ VOLKOGONOV, DIMITHI, *Stalin, triumph and tragedy*. Weidenfeld and Nicolson. London. VAKSBERG, AHKADY, *The Prosecutor and the Prey*, cit.; LAQUEUR, WALTER, *Stalin: The Glasnost Revelations*. Unwin Byrnan. London, 1990; TUCKER, ROBEHT, *Stalin*

gunos casos se sigue en exceso el sendero de un psicologismo a lo Horney, en que complejos infantiles, orígenes étnicos, dificultades vitales —o contactos, como en el caso de Vishinsky, en la prisión— llegan a convertirse en muy principal factor explicativo del ascenso al poder de Stalin, de la formación de su equipo de colaboradores y de la definición de su modelo político.

No demasiadas novedades se aportan en estas obras, como corresponde a textos que utilizan en exceso fuentes secundarias, o bien reciclan viejos materiales. Mención aparte merece el libro del coronel general Volkogonov, un militar gorbachoviano, cuya condición le ha abierto los archivos de los Ministerios de Defensa, Exteriores y del Instituto de Marxismo-Leninismo, pero que no le ha sido suficiente para acceder a los del KGB -fundamentales para el período 1928-1953- y Comité Central del PCUS. Tucker incorpora una gran cantidad de información referente a conversaciones de Stalin con Dimitrov y con los miembros del Politburó del PCUS, transmitidas por Voroshilov; a través de ellas aparece la imagen de un hombre medio, con conciencia de tal que, según le dice en cierta ocasión a Dimitrov, está seguro de alcanzar una plena hegemonía en el partido porque los cuadros regionales y locales temen romper la confianza que él ha depositado en ellos; imagen de hombre medio, pero implacable, que habla en privado de *extirpar el clan* de sus oponentes, lo que incluía parientes, amigos, secretarías, etc., o que trata de gallinas a Trotsky, Kamenev, Rykov y Bujarin; pronunciamientos privados que chocan frontalmente, desde luego, con la retórica de consumo público.

Poco espacio se concede al análisis histórico y social, sin que hoy por hoy sepamos del período stalinista mucho más de lo que nos enseñaron en su momento las obras de Moshe Lewin. Es más, algunas aportaciones posteriores, como la de Robert McNeal, que muestra la manipulación staliniana de la opinión, con ocasión de los procesos de Moscú, a través de los héroes del trabajo o los éxitos de la aviación nacional, son mucho menos sugerentes que las de Lewin, que los interpreta desde las claves de la religión popular y las tensiones sociales existentes ¹⁹.

in Power. Norton. London; CATHALA, IEAN, *Le Fantôme de la Place Rouge*. Albin Michel. París, 1991.

¹⁹ LEWIN, MOSHE, *Laformation du système soviétique* (1988) y *La paysannerie et le pouvoir soviétique* (1976). McNEAL, ROBERT, *Stalin: Mand and Ruler* (1988).

Ni siquiera se ha avanzado mucho respecto a la cuantificación de las víctimas del terror. Volkogonov, que utiliza fuentes de primera mano y acude a testimonios de supervivientes, las fija para 1929-1952 en unos 22 millones, en los que incluye los muertos causados por el propio proceso de colectivización de la agricultura y el hambre de 1932. Pero en un país de las dimensiones de la antigua URSS este problema suponemos que estará abierto por mucho tiempo. Pero lo más interesante en Volkogonov es la tipificación del stalinismo como creencia en la existencia real de unas inexorables leyes históricas enunciadas por Marx y Engels, de las que se deduciría un no menos inexorable triunfo del socialismo en Rusia y en el mundo; la única exigencia política para no trabar la marcha triunfal hacia el comunismo sería el mantenimiento de la unidad del partido, aun a costa de la eliminación física de todos los oponentes, reales o posibles. Es esta seguridad elemental la que posibilita la imposición de Stalin sobre sus compañeros, los Kamenev, Bujarin o Trotsky, sin duda de mucha mayor capacidad teórica, pero, por eso mismo, más indecisos y desgastados en toda suerte de polémicas internas, sin que, por otra parte, estuvieran dispuestos a romper la unidad del partido, que Stalin presentaba como su propuesta política más característica.

El carácter de biografía que tienen los trabajos a los que nos venimos refiriendo hace que vuelvan a tratarse en ellos viejas cuestiones, como las luchas de Stalin con Trotsky o Bujarin, los problemas de la III Internacional o el Pacto Germano-Soviético. En algún caso, como por ejemplo los acuerdos Molotov-Ribbentrop -sólo en 1989 el gobierno soviético aceptó la autenticidad de los textos conocidos en Occidente 20_, aún está por construir el complejo entramado de colaboraciones económicas y militares a que dieron lugar y que tanto ayudaron al sostenimiento del esfuerzo hitleriano de guerra contra Francia e Inglaterra 21.

También algunas obras de síntesis, como la de Cathala, se centran en la explicación de los mecanismos del terror como sustrato en el que Stalin asentó su sistema de poder autocrático y a través del cual logró mantener la unidad del imperio. Terror que, si bien fracasó parcialmente a la hora de conseguir mayores rendimientos eco-

20 *Nazi-Soviet Relations*. State Departement. Washington OC, 1948, *YSoviet Documents on Foreign Policy*, 1917-1941. Oxford University Press, 1953.

21 WINGEATE PIKE, DAVID, «Comment Staline sustint d'abord l'agression nazie», *Le Monde Diplomatique*, juin, 1990.

nómicos, permitió, no obstante, resistir la agresión hitleriana y el cerco de la guerra fría, procesos que *a posteriori* permitían probar la justicia de la senda coercitiva emprendida, ya que sin la violencia contra los *enemigos del pueblo*, primero, y los *siervos del imperialismo*, después, el país se habría desintegrado. Desde la óptica de Cathala, la atenuación de rigores con Kruchev y la transformación de la oposición en mera disidencia con Brehnev, no eliminarían los rasgos totalitarios del régimen que, ante la reforma de Gorbachov, acabaría por disolverse, dada su radical inelasticidad.

Esta inelasticidad se advierte en la mecánica de las crisis sucesorias: proceso contra los mingrelianos y complot de los médicos, al final de la vida de Stalin, y golpe de palacio contra Kruchev²². En el primer caso, el propio Stalin prepara la eliminación de Beria y su aparato de seguridad a partir de un montaje que centra en éste la disidencia mingreliana, las conexiones sionistas del Jewish Antifascist Committee y las vías nacionales al socialismo del grupo Slansky²³; sin duda, Kruchev y sus colegas de 1953 aprovecharon a conciencia la situación para desprenderse cuanto antes de su temible competidor, Beria. Respecto al segundo caso, un relato del propio hijo de Kruchev reconstruye la trama de 1964 urdida por Brehnev, Kossiguin y Podgorny, ejecutada minuciosamente por Ignatiev y los hombres del KGB, Shelepin y Semichastny²⁴.

Las reformas de Kruchev se tradujeron, entre otras cosas, en el establecimiento de mecanismos de promoción y sustitución de las élites dirigentes en los que no tuvieran ya lugar las prácticas terroristas. A partir de entonces el sistema de poder sería la resultante de la relación competitiva entre grupos y facciones diseminados en el partido, el gobierno central, los órganos administrativos, las repúblicas y el aparato de gestión económica. Uno de estos grupos es el que se

22 RAPOPORT, YAKOV, *The Doctor's Plot. StaLin's Last Crime*, Fourth State. RAPOPORT, LOJIS, *StaLin's War against the Jews*. Free Press. New York.

23 La viuda de Slansky ha escrito unas memorias que se añaden a las de London y Eugen Löbel, en que cuenta su proceso de incorporación al partido tras la desesperanza provocada por la Segunda Guerra Mundial y la persecución antisemita que ella misma padeció en el ghetto de Liztmanstaadt y Auschwitz. Decepcionada por la ejecución de su primer marido, Rudolf Slansky, primero, y por su inocua rehabilitación después, en 1966, abandonó Checoslovaquia (MARGOLIUS-KOVALY, HEDA, *Le premier printemps de Praga. Souvenirs 1941-1968*. Payot. París, 1991).

24 KROUSHCHEV, SERGEL, *Kroushchev on Kroushchev. A inside account o/the Man and his era*. Little Brown. New York.

articula en torno a Yuri Andropov a partir de finales de los sesenta, integrado por gentes como Borin, Arbatov y Shakhanazarov, que juega un papel decisivo en las pugnas de influencia que culminan en el ascenso de Gorbachov a la Secretaría General del PCUS ²⁵. Sólo cuando se tenga compuesto un panorama completo de todos los grupos internos del PCUS durante el *estancamiento* y de sus interacciones, será posible la comprensión de la reciente historia política de la URSS.

Aparte del ya referido libro de Volkogonov sobre Stalin, de algunas autobiografías, como las de Gromyko y Ligatchov, de obras de ocasión centradas en sucesos puntuales como el golpe de Estado de 1991 ²⁶, da la impresión de que nos hallamos también en un momento de renovado interés por las biografías de personajes anteriores a 1917. Junto a la reedición del *Alejandro III*, de Sylvian Benoidum (SEDES) y del *Nicolás II*, de Marc Ferro (PAYOT), han aparecido también sendas biografías de Rasputín y Nicolás ²⁷; en ambas se asiste al suicidio de un régimen incapaz de frenar un proceso de fuerte desagregación política sobrevenido a partir de la crisis económica de 1900-1903 y del fracaso de los proyectos reformistas posteriores a 1905; no parece que la imitación de Alejandro ^{1^o} con la que de corazón se identificaba el último zar fuera la mejor terapia para los problemas del país: «presidiremos serenamente -había dicho Alejandro ^{1^o} al subir al trono- los destinos de nuestro Imperio, que de ahora en adelante no serán discutidos más que entre Dios y Nos». Con tales presupuestos, la pretensión modernizadora de Stolypine sería un expediente circunstancial y su asesinato volvería las cosas al

²⁵ BURLATSKY, FEDOR, *Krushchev and the first Russian Spring*. Weidenfeld and Nicolson. London, 1991.

²⁶ Además del relato de los acontecimientos de agosto hecho por el propio Gorbachov, ha aparecido un texto del ministro de Defensa de Yeltsin, el general KOBETS, *La vie quotidienne à Moscou dans le pulsch*. Hachette. París, 1991, así como otro de un corresponsal francés en Moscú y un antiguo diplomático soviético en París, GOSSET, ULISSE, y FEDOROVSKI, VLADIMIH, *Histoire secrète d'un coup d'etat*. J.-C. Lattes. París, 1991.

²⁷ TERNON, YVES, *Raspoutine, une tragédie russe*. Editions Complexe. Bruxelles, 1991. TROYAT, HENRY, *Nicolas 1^{er}, le dernier tsar*. Flammarion. París, 1991. De mayor interés, quizá, es el intento de trazar una historia de Rusia a través de una familia vinculada al servicio de la monarquía zarista, *Les Stroganoff*, cuya autora, METTRNICH, TATIANA VON, es sobrina de la famosa WASSILTCHIKOFF, MARIE, autora de *Los diarios de Berlín, 1940-1945*, editados por Seix Barral en 1989, que es un fresco admirable acerca del fin de aquella fracción de la clase dirigente alemana que intentó el golpe de Estado del 20 de julio de 1944.

punto en que habían estado siempre, imposibilitando la constitución de una sólida y emprendedora burguesía agraria que hubiera sido fundamental para el sostenimiento de la NEP y del propio proyecto leninista de democracia basada en varios partidos y en una alianza campo-ciudad.

A historiar el fracaso de los intentos de evolución liberal ha dedicado Richard Pipes –el hombre que en un resonante artículo de 1984 avanzó la ideas de que muy posiblemente en Rusia se abriría un ciclo de reformas radicales– un trabajo en el que la revolución de 1917 no es sino un momento más en la frustración de la cita de Rusia con la modernización. Mil novecientos diecisiete no sería tanto una revolución cuanto un golpe planificado en un círculo muy restringido, con el que se inicia una etapa de continuidad, bajo otras formas, del usual despotismo. El planteamiento es sugestivo, pero en ocasiones se fuerzan excesivamente los argumentos, como cuando Kornilov aparece como la última posibilidad de sostenimiento del ciclo de revolución democrática abierto en febrero de 1917²⁸.

Pero como ha subrayado Norberto Bobbio, la marea condenatoria del modelo comunista corre el riesgo de hacer olvidar lo que fueron las realizaciones concretas del intento utópico de crear el famoso hombre nuevo por parte de los bolcheviques. Berelowitz y Gervereau²⁹ reconstruyen con paciencia a través de la fotografía, la cartelística, la filatelia y las artes plásticas, los distintos momentos de generación de simbologías, mitos y lugares de memoria que, a través de cambios de tendencias y gustos, se remiten a los cambios en la vida social y política. Por eso quizá coincide tan marcadamente la cronología propuesta con la usual de la historia política. Posiblemente sea ése el motivo, o quizá se debe simplemente a la esencia totalitaria de un régimen cuya relación con el mundo artístico siempre se enfocó desde el prisma del compromiso colaborador o del ostracismo³⁰. Este último es el caso de Webern, cuya historia, como la de otros mú-

²⁸ PIPES, RICHARD, *The Russian Revolution*. Harvill, 1990.

²⁹ BERELOWITZ, VLADIMIR, y GERVEREAU, LALJRENT (dirs.). *Russie. URSS 1914-1991. Changements de regards*, Bibliothque de Documentation Internationale Contemporaine. Nanterre, 1991.

³⁰ BERARD, EVA, utilizando archivos y testimonios inéditos, reconstruye las ambigüedades y autoexculpaciones de un hombre como Ehrenburg que, a su juicio, simboliza el matrimonio oportunista entre el régimen y un sector de la *intelligentsia*, mayoritario en algunos momentos (*La vie lumultueuse d'Ilya Ehrenburg, juive, russe et soviétique*. Ramsay. París, 1991).

sicos, menos conocida que la de los literatos disidentes, muestra el carácter obtuso de la burocracia cultural del post-stalinismo, atrincherada en la Unión de Compositores³¹

Quizá la notoria presencia que los hombres de la *intelligentsia* tienen en el proceso político en curso de la ex Unión Soviética es expresión de que ésta se encuentra aún en pleno proceso de transición³². En las obras de algunos de ellos haya partes iguales reflexión histórica, propuestas de futuro y testimonio personal. Tal es el caso de Solzenitsin³³, para quien los males de Rusia que culminan en 1917 tienen origen en la sinuosa penetración en el país de los aires de la modernidad occidental, disolventes de la tradición de la cristiandad ortodoxa; no en vano Lenin llegó a la estación de Finlandia desde Europa occidental, y su régimen, conformado en la Guerra Civil, se remitía, según el novelista, a un terror antipopular de inspiración jacobina. En ocasiones, los olvidos intencionados de Solzenitsin alcanzan lo grotesco -un Lenin ayudado en la Guerra Civil por el capitalismo americano y un Lloyd George sordo a los requerimientos de Denikin y Wrangel- o las interpretaciones antisemitas muestran el peligro contenido en el pensamiento eslavófilo de siempre -un Nicolás II ejecutado en un asesinato ritual de los judíos- o Respecto a las propuestas de futuro, baste decir que se mueven en el ámbito de la negación de los partidos y del establecimiento de cámaras corporativas.

Si bien estas propuestas de café (KOZOVOI) chocan con el ansia de normalidad a la occidental que domina a la mayoría de la población de cultura europea de la antigua URSS, no hay que olvidar que

³¹ KARETNIKOV, NICOLAI, *Themes avec variations*. H0ray. París, 1991. GOLOMS-TOCK, IGOR, *L'art totalitaire. Union Soviétique, II/e Reich, Italie Fasciste, Chine*. Editions Carre. París, 1991, basándose en discursos oficiales, informes de la policía y archivos de la administración, analiza la relación entre suprematistas y leninistas, que partiendo de la alianza acaba en la confrontación. Y es que la revolución, una vez triunfante, lo que necesita es, como cualquier poder, afirmar el control sobre las expresiones artísticas, estimulando un arte convencionalmente exaltador de los ideales imperantes -trabajo, esfuerzo colectivo, etc.-. En esto, fascismo y comunismo son para Golomstock ramas de un mismo árbol.

³² El caso polaco, analizado por GEREMEK, B. (*Rupture*. Le Seuil. París, 1991) puede servir de pista.

³³ CONFINO, MICHAEL, «Solzhenitsyn, the West and the New Russian Nationalism», *Journal of Contemporary History*, vol. 26, numb. 3-4, sept. 1991. *Vid.* también SOLZENITSIN, ALEXANDER, *Cómo reorganizar Rusia*. Tusquets. Madrid, 1991.

se han difundido en miles y miles de ejemplares y que, sin duda, están llamadas a ejercer una cierta influencia en la manera de abordar la visión del pasado del país.

Porque el vacío dejado por el comunismo tiende a ser llenado apresuradamente por el nacionalismo, como es obvio, pero también por un importante renacer del sentimiento religioso y de la influencia de las diversas Iglesias, dominadas en la mayoría de los casos por tendencias refractarias a la aceptación del legado de la Modernidad. Desde este punto de vista, el asesinato en 1990 del papa Alexandre Men, personalidad influyente en círculos ilustrados y empeñado en sostener una relación no conflictiva entre ortodoxia, ciencia moderna y argumentación materialista, es un dato poco alentador de cómo pueden producirse las cosas en este campo, máxime cuando en la ex URSS se aprecian muchos de los elementos sociales en que se asienta el integrismo: inquietud existencial, atomización y anomía social, con la consiguiente ausencia de proyectos generadores de amplias adhesiones, desconfianza hacia planteamientos laicos³⁴ y consideración de que las realizaciones del comunismo son una de las expresiones más significativas de la modernidad y su exaltación de una esfera autónoma de lo racional.

En otra longitud de onda se sitúan los planteamientos de Andrei Sinyavsky³⁵, para quien, efectivamente, el fin del comunismo supone el colapso definitivo de utopías y abstracciones alejadas de la realidad; tal alejamiento, que implicó la total minusvaloración del hombre individual y concreto, sería el responsable del surgimiento de la *dictadura escolar* de Lenin -regida por maestros cuya misión era la imposición práctica de la doctrina de la dictadura del proletariado como atajo para el logro de un sistema social sin contradicciones y sin Estado-- y la de Stalin, artista de la manipulación del poder y de su eficaz envoltura de misterio; sobre esta base, se habría llegado a conformar en una sociedad nueva un hombre nuevo, de ética im-

³⁴ Con una pretensión de rearme laico, BAIJBEROT, IEAN, historiador del protestantismo, ha publicado un libro en que se analizan las etapas de la laicidad en la Francia contemporánea -primero con Napoleón, Concordato de 1801, artículos orgánicos de 1802 y Código Civil de 1804; luego con las leyes laicas a partir de los años ochenta del siglo XIX, que establecieron una neta separación Iglesia-Estado--, *Jers un nouveau pacte lai'que?* Seuil. París, 1990.

³⁵ SINYAVSKY, ANDREI, *A Soviet Civilization. A Cultural History*. Arcade/Little Brown. New York, 1990.

placable -como Djerjinsky-, sin capacidad para pensar en exceso -como Kruchev-, dominado por una inseguridad omnipresente —colas, vivienda, escasez- y habituado a sustituir la realidad por palabras.

En la recuperación de la realidad bajo la mentira del lenguaje totalitario jugaron un importantísimo papel los intelectuales disidentes³⁶. Primero, en los años 53-56, con la difusión en las universidades, a través del *samizdat*, de obras de presos, exiliados o autores extranjeros; después, en los sesenta, con el proceso Sinyavsky-Daniel y la circulación de información este-oeste. Cristalizó así una primera glasnot en las catacumbas sociales, cuya expresión pública fue la desobediencia civil, las cartas de protesta a las autoridades y la fundación del Comité de Derechos Humanos de la URSS, integrado por los físicos Chalidze, Sajarov y Tverdokhlebov.

Un proceso evolutivo relativamente similar y muy dependiente de los cambios soviéticos es el que siguieron los países del este de Europa. François Fejtő inició en 1952 una *Historia de las Democracias Populares* -verdadera historia del tiempo presente, *avant la lettre*- que ahora culmina con el tercer volumen, dedicado a su final³⁷. Vista ya en su conjunto, la obra de Fejtő muestra algo que muchos no vieron en su momento, allá por los cincuenta, sesenta, setenta y aun primeros ochenta: que bajo la apariencia del monolitismo, fuertes corrientes de contradicción recorran el interior de cada uno de los estados del campo socialista, haciendo de su modelo una realidad muy frágil, soldable tan sólo con la directa vigilancia soviética. *Glasnost* y *Perestroika*, concebidas en un primer momento como reformas perfectivas del degenerado modelo soviético de construcción del socialismo, acabaron por conmovier el *centro* sobre el que reposaba la estabilidad de las democracias populares. La verdad es que en el anuncio de ese peligro sí hay que reconocer a conservadores como Egor Ligatchov una acertada previsión de las cosas.

y es que, ciertamente, las sacudidas cada vez más impresionantes que conmovían el edificio de los regímenes centro-este europeos reposaban en una socialización cada vez más amplia de los valores

³⁶ ALEXEIEVA, LUDMILA, y GOLDBERG, PAUL, *The Thaw Generation, coming of Age in the Post-Stalin Era*. Little Brown. New York, 1990. SAJAROV, ANDREI, *Memorias*. Plaza y Janés/Cambio 16. Madrid, 1991.

³⁷ FEJTŐ, FRANÇOIS, *La fin des Démocraties Populaires, Le chemin du post-communisme*. Seuil. París, 1991.

democráticos. Sajarov, Havel o Walesa acabaron siendo punto de referencia obligado para la mayoría disconforme. La revolución de 1989, según Michnik ³⁸, no es el resultado de la acción de los que desde Occidente distribuyen profusamente patentes de democracia, ni siquiera efecto tan sólo del marasmo soviético; antes que nada, es el resultado de una maduración democrática en los distintos países. Para el caso polaco, esta maduración resulta incompatible con determinados esquematismos establecidos en torno al eje católico-polaco-antisemita de *Solidaridad*, brazo civil de la Iglesia. Michnik muestra la complejidad de las variables relaciones existentes entre el KOR, *Solidaridad*, el Gobierno, la Iglesia, etc., a lo largo de todo un proceso de transición negociada a la democracia.

Bronislaw Geremek ³⁹, por su parte, traza en un reciente libro la historia de todo el proceso de ruptura consensuada establecido en la mesa negociadora gobierno-oposición de 1989, que lleva a las elecciones de junio, al gobierno de Mazowiecki y, finalmente, a la presidencia de Walesa. De manera similar a Ralph Dahrendorf, en su conocida *Carta a un caballero de Varsovia*, Geremek considera que el ciclo de consolidación democrática en un país que hace el tránsito desde un régimen autoritario, pasa por el alejamiento del poder de los intelectuales, con su ética más bien abstracta y de convicción, y su sustitución por políticos profesionales, con una ética más pragmática o de responsabilidad, y menos propensos a discutir sobre el sentido de los acontecimientos que va a encauzarlos.

Jacek Kuron, que desde el KOR pasó a ocupar durante el gobierno Mazowiecki, justo en la etapa del período de política económica de choque, la cartera de Trabajo y tuvo que afrontar desde ella el incremento del paro y el deterioro de las condiciones de vida de la población, realiza en un interesante libro que llega hasta el golpe de Jaruzelski —y que continuará en un futuro a partir de ese momento— no sé bien si una confesión catártica o una autojustificación de su guardiánica presencia en el POUP, siempre desde posiciones críticas frente al aparato y próximas a las corrientes democratizadoras ⁴⁰.

Otra variante de la revolución de 1989 es la de Hungría, a cuyos treinta y cinco últimos años de historia Thomas Schreiber dedica una

³⁸ MICHNIK, ADAM, *La deuxième révolution*. La Découverte. París, 1990.

³⁹ GEREMEK, BRONISLAW, *op. cit.*

⁴⁰ KURON, JACEK, *La foi et la faute. A la rencontre et hors du communisme*. Fayard. París, 1991.

obra centrada, como no podía ser menos, en el análisis de los cambios en la aguja política de marear del kadarismo ⁴¹. Desde la apelación *ex post facto* a la URSS en 1956, bendiciendo el aplastamiento de la revolución nacional-popular, Schrieber llega hasta la definición de una política de reformas que posibilitó una revolución tranquila, pese a la prudente reconversión del PSOH y a la decisión de Cyula Horn de abrir el telón fronterizo con Austria, que hizo de Hungría el fiel de la balanza de la evolución hacia la democracia en Alemania oriental.

Sin duda, de todos los cambios operados en 1989, el que ha tenido una trascendencia mayor desde un ángulo europeo es el que se refiere a Alemania y a su segunda reunificación. Una obra dirigida por Henri Ménudier ⁴² aborda una gran variedad de temas —Iglesia, universidades, fuerzas políticas y realidades económico-sociales—, con un importante aparato documental y veinte páginas de todo lo publicado de cierta importancia sobre la cuestión alemana.

Paradójicamente, la reunificación, que es una absorción posibilitada/exigida por el fracaso del modelo de la RDA, es el cumplimiento de una prognosis establecida por Marx en los *Grundrisse*, al señalar que cuanto más se desarrolla el capital —léase, en este caso, RFA— más vasto tiende a ser el mercado en el que circula, incorporando para ello nuevos espacios directamente o absorbiendo en ellos el excedente de tiempo sin valor. Esto es lo que ha acontecido. El moderno desarrollo industrial de Alemania no necesitaba, como se decía en el pasado, espacio vital, sino tiempo. No en vano los alemanes son sus dueños en Centroeuropa, ellos marcan los ritmos de la evolución económica de una manera muy principal y de ahí su obsesión por el control del presente y la previsión del futuro, apenas ocultas por su preocupación por un pasado más que tormentoso ⁴³.

Una laguna importante de la historia de Alemania tiene ya su medio de colmatación con la publicación del *Diccionario Biográfico del Movimiento Obrero* de ese país ⁴⁴. Esta obra, como todas las de la se-

⁴¹ SCHREIBER, THOMAS, *Hongrie, la transilion pacifique*. Le Monde Editions. París, 1991.

⁴² MENUDIÉ, HENRI, *L'Allemagne. De la división à l'unilé*. IAUSN. París, 1991.

⁴³ BAIER, LOTIAR, *Les Allemands matres du lemps*, La Découverte. París, 1991.

⁴⁴ DROZ, JACQUES (dir.), *Dictionnaire biographique du mouvement ouvrier international: Allemagne*. Les Éditions Ouvrières. París, 1990.

rie, inspirada por Jean Maitron, abarca desde los orígenes hasta 1933 e incluye tanto a teóricos como a militantes. De manera objetiva y desde puntos de vista muy diversos, los más conocidos especialistas muestran ahora el resultado de diez años de trabajo en Amsterdam, Bochum, París, Munich y Godesberg.